

dalupe? ¿Y esto no era ultrajarla? Sed vosotros los jueces.

Yo no negaré que hasta aquellos días traíamos todos de la misma manera la imagen de Fernando. Convengo también en que esto no era ultrajar su augusta Real Persona; pero ¡qué diferente y noble era el motivo! El que á esto nos obligó, fué nuestro mismo amor y lealtad, el hacer ver hasta de este modo á todo el mundo, que á pesar de José Napoleon se había hecho proclamar soberano en varios lugares de la Península, nosotros no reconocíamos otro, que al mismo y por tanto tiempo suspirado Fernando. ¿Mas qué podrá alegar en su favor esa insolente chusma de sediciosos y de alucinados? ¿Qué los ha movido á estampar en sus banderas y á colocar en sus sombreros la imagen de esa Soberana Reyna? ¿No ha sido su intento el manifestar por ese medio, que habiendo sacudido el yugo de la obediencia á su legítimo Monarca, reconocen á otro jefe en su lugar, que militan ya bajo otras banderas? ¿A qué fin han querido así distinguirse? ¿No ha sido para sublevar con mas facilidad al reino contra el Rey, no obstante los reclamos que ha de haber hecho en sus conciencias el juramento de fidelidad, que con nosotros le prestaron, y lo que Dios nos manda en el cuarto de sus mandamientos? ¿Podría ser del agrado de María Santísima, que se condecorasen con esa sagrada divisa, los que tan indebida como temerariamente han pretendido segregar del patrimonio de su devoto Fernando esta América, cuya adquisición por los reyes de España, parece vino á bendecir, apareciendo en este suelo tan á los principios de su conquista? Dexémos que digan lo que quieran. El haber colocado en sus banderas y sombreros la sacrosanta imagen de esa nuestra adorada Madre, ha sido un desacato, un ultraje, un desprecio; y desprecio tanto mayor, quanto que la rebelion, de la qual se la ha hecho ser divisa, es para sus queridos hijos los Americanos la mas funesta y perniciosa. Para demostrarlo, voy á ponerlos á la vista los efectos mas notables que ha producido hasta aquí, y los que, en mi concepto, habria producido en adelante, si la divina Providencia, que tan visiblemente nos protege, no hu-

biera opuesto al torrente de la insurrección un invencible dique en esos valerosos formidables ejércitos del Rey. Atendedme.

El Gefe de ella, semejante en todo á la serpiente del Paraiso, incitó á los Americanos á que gustasen del fruto prohibido, asegurándoles que llegarían á ser como dioses.¹ Mas claro: les dixo que serían felices una vez que llegasen á hacerse independientes. Así habló á todos en general; pero convirtiéndose á los indios, cuyo auxilio creyó tan necesario á los principios, les habló en términos mas sencillos. Revistiéndose del carácter del espíritu tentador, y habiéndoles dicho que este Reyno era suyo, y que por lo mismo trataba de quitarlo á los españoles que lo tenían usurpado, añadió para acabar de seducirlos, que él los pondría de nuevo en posesion de todos sus terrenos siempre que se uniesen á su partido, y se sujetasen humildes á sus ordenes: *baec omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.*²

¡Promesa lisongera, tentación terrible! ¿Quién podría resistirla? Solamente un hombre sensato y de una probidad á todas pruebas; pero como el número de los necios y de los perversos es infinito, infinitos los creyeron luego. Como al ver un horizonte se nos figura que no es mas que llegar á cierto punto para tocar al cielo con las manos, así juzgaron muchos de la felicidad que se les prometía. O no previeron dificultades en la empresa, ó si las previeron las calificaron de fácilmente superables. Sea de esto lo que haya sido: lo cierto es que apenas oyen la seductora voz, quando de improviso y tumultuariamente se levantan exclamando á una con su caudillo: Viva la América: viva la independencia. ¡Insensatos! Bien presto se arrepentirán, conocerán su error, mas ya será tarde; su anhelada felicidad se convertirá en su ruina; los bienes se les trocarán en males.

Señores, esta no es profecía, como se hubiera creído y acaso dicho entónces. El día de hoy es una verdad de hecho, ya la están palpan-do aun los mas preocupados. Decidme, decidme por vida vuestra: ¿Qué efectos ha producido esa loca temeridad? ¿Son por ventura los que

¹ Génesis, cap. 3. V. 5.

² Matthei cap. 4. V. 9.

se esperaban? ¡Ah! todo lo contrario. ¡Quantos y qué graves males han venido sobre nosotros! Pasan ya de cincuenta mil los que infelizmente han perecido en las batallas, en las cárceles, en las veredas extraviadas, en los cerros y en las barrancas.¹

Muchas y grandes poblaciones ya parecen desiertos; á donde quiera que se vuelven los ojos no se encuentran mas que escombros, familias desoladas, funestos lutos, miseria y lágrimas.² Ciencias, artes, comercio, industria, todo está abandonado, todo lo ha devastado y trastornado esta bárbara revolucion.

Pero siendo estos males tan enormes, hay otro mayor y mas digno de nuestras lágrimas, la desmoralización de los pueblos. ¡Desgraciados pueblos! ¡oh y qué quadro tan melancólico presentan de luego á luego á nuestra vista! Desde el momento fatal en que se oye aquella horripsona voz ya no se reconoce Rey, ya no se respetan las autoridades legítimas, ya no hay leyes que nos gobiernen, se echaron por tierra todas, y cada qual ha hecho lo quanto ha querido: se perdió el horror á los delitos, y el vicio ya no se avergüenza de aparecer á cara descubierta: en público y con la mayor serenidad se han cometido excesos, que ántes apenas se cometían en secreto, y jamás sin temor. La embriaguez, la disolución, el juego, el robo, los asesinatos, quando habían sido ántes ni tan comunes, ni tan frecuentes, ni tan públicos? ¿Quando se habían visto tan autorizados?

Todo se ha mudado: se acabó ya también la veneración á los Sacerdotes: los que ántes eran sus mas reverentes adoradores, son ya sus mas declarados é implacables enemigos. ¡Quantos se miran perseguidos aun el día de hoy! Se invaden sus personas igualmente que sus intereses: se ha puesto á muchos en la dura necesidad ó de esconderse ó de fugarse, y no han sido pocos los que aprehendidos han sido condu-

¹ Según las relaciones de los papeles públicos y otras muy fidedignas, es el cálculo mas baxo que puede hacerse de los que han perecido con motivo de la insurrección.

² Es notorio el deplorable estado en que han quedado Valladolid, Guanajuato, San Luis Potosí y otros varios lugares, no solo por la falta de gente que se nota en ellos, sino también por el destrozo de sus edificios, por la pobreza general, tristeza y desaliento de sus habitantes.

cidos á las cárceles, ultrajados allí de varios modos, y aun amenazados de muerte.³ He dicho poco: ya se les hiere⁴ y se les mata; del Templo mismo se les saca para asesinarlos; un exemplo recientemente acaecido tenemos no muy lejos de esta ciudad.⁵ ¡Dios justo y terrible! ¿Como permites estos atentados? Christianos: ¿No ha prohibido el mismo Dios que se toque á sus Christos?⁶ ¿Cómo pues os atreveis á tan sacrilega bárbara maldad?

Aun no lo digo todo: ni á los Príncipes de la Iglesia, ni á sus exhortaciones y mandatos, ni á las censuras eclesiásticas se tiene ya la debida consideración. Hemos visto en nuestros días tres Señores Obispos⁷ emigrar de sus Diócesis, y emprender largos y penosos viajes por poner á salvo de insultos, aun mas que sus personas, la respetable dignidad y autoridad que los distingue. Los hemos visto, repito, y se ha agravado el dolor de nuestros corazones al notar en los pueblos una monstruosa indiferencia hacia ellos; quando en caso semejante nuestros mayores se hubieran deshecho en lágrimas, y co-

¹ Los arrestos, ultrajes y amenazas aun de muerte á los eclesiásticos, eran pocas á los principios de la insurrección, pero en el día ya no hay cosa mas general ni mas frecuente.

² Por no alargarme demasiado, omito referir los nombres de los eclesiásticos heridos por los insurgentes; mas para que se forme alguna idea de los excesos que en esta parte han cometido en esta época terrible, véase la Gaceta extraordinaria de México fecha 25 de Abril de 811, en que se da una circunstanciada noticia del estado en que aquellos sacrilegos pusieron al Br. D. José Mateo Braccas, Cura de San Sebastian en San Luis Potosí, al R. P. Fr. Manuel Díez, Religioso Franciscano, y á otros Sacerdotes, sobre quienes cargaron todo su furor, desnudándolos, apaleándolos, acuchillándolos, y dexándolos poco menos que moribundos.

³ De la iglesia parroquial de Vango, distante de Valladolid como 12 leguas, se sacó al R. P. Fr. Manuel García, Religioso Agustino de esta Provincia de Michoacan, para quitarle la vida, como en efecto se le quitó á fuerza de heridas casi en los umbrales de la misma iglesia.

⁴ Psalm. 104. V. 15.

⁵ El Illmo. Sr. Dr. D. Manuel Abad y Queipo, Obispo electo de Michoacan, el Illmo. Sr. Dr. D. Juan Cruz Ruiz de Cabañas, Obispo de Guadalupe, y el Illmo. Sr. Dr. D. Primo Feliciano Marin, Obispo del Nuevo Reyno de Leon, tuvieron que fugarse por sendas extraviadas, y el segundo, hasta que embarcarse por evadir el furor de los sacrilegos rebeldes.

mo los de Mileto con San Pablo, ¹ se hubieran asido de sus cuellos, dádoles los mas tiernos reverentes ósculos, y seguidolos hasta donde no les fuese ya permitido acompañarlos. Los hemos visto, vuelvo á decir, y ha exacerbado sobre manera nuestro pesar, el notar igualmente que ni al partirse, ni despues, ni aquí, ni allá adonde los arrojó la tempestad, han querido darles el consuelo de obedecer sus justos mandatos, de docilitarse á sus paternales exhortaciones, y lo que causa horror, el no querer ablandarse ni con todo el rigor de los anatemas, que al fin se vieron obligados á fulminar.

Católicos, todo esto hicieron el nuestro ² y otros sábios zelosísimos Pastores por contener el impetuoso torrente de la insurrección, que amenazaba arrostrarlo todo: lo mismo hizo el Tribunal santo de la Fe, ³ pero ni este ni aquellos fueron creídos; no hicieron los pueblos lo que debían. Son en un número que espanta los que se han tragado esas censuras como al mas delicioso de los licores. Unos ademas han ensuciado, y otros han arrancado de las puertas de las Iglesias los edictos que las contenían, y no ha faltado quien diga por lo tocante á la que fulminó nuestro Ilustrísimo electo Prelado: "ese Obispo es gachupin y no está consagrado;" y por lo que respecta á las del santo Oficio: "la Inquisición es justa, pero los actuales inquisidores son gachupines." Así, así se ha hablado para hacer sospechosa la notoria justificación de ese Prelado y de esos Jueces, y para que no surtiesen el menor efecto sus censuras. Yo me aturdo, Señores, yo no sé como la desmoralización ha podido progresar tanto en tan corto tiempo, y en unos pueblos que poco ántes debían llamarse por antonomasia católicos.

Acaso se dirá que estos males eran inevitables, supuesta la guerra y sus incidencias; pero que despues se aplicaría á todo el mas conveniente remedio; que á la tempestad seguiría la

¹ En los Hechos de los Apóstoles cap. 20. se lee la veneración y amor con que los de Mileto veían á San Pablo.

² Véanse los edictos y pastorales que respectivamente expidieron para contener la insurrección, el Exmo. é Illmo. Sr. Arzobispo de México, y los Illmos. Sres. Obispos de Puebla y Michoacan.

³ Véanse los edictos que con igual objeto ha expedido el Santo Oficio desde Setiembre último hasta esta fecha.

calma, y que tras ella vendría el buen orden, la abundancia, y todo lo demas que hace felices á los pueblos: por lo menos, esto que era ántes la esperanza de muchos, es todo lo que pueden decirnos hoy esos pocos que alucinados, si es que lo están, con el error de que trabajan por la fidelidad nacional, aún perseveran en su obstinación. Qué torpemente se han equivocado, voy á demostrarlo, y concluiré.

No hay duda, Señores: esas esperanzas son y han sido siempre vanas; los males que lloramos no se remediarian jamas; atendiendo al orden natural de las cosas, las profundas heridas que la América ha recibido hasta aquí, cada dia presentarian un aspecto peor, se cancelarían mas bien que curarse; pero aun quando no fuera así, es cierto á todas luces que tras esos males vendrian otros que debilitándola cada vez mas y mas, acabarían al fin con ella, ó que la pondrian quando menos en el estado mas triste y deplorable. No, no me engaño, vedlo claramente. Si las armas de nuestro doméstico invasor hubiesen prevalecido; si las del Rey no les opusiesen ya la menor resistencia; si ya no se oyese ni nombrar entre nosotros la palabra guerra; ¿qué sería de nosotros mismos? ¿qué sería de la América toda? En medio de esa aparente calma, de esa paz que supongo, nuestra amargura, como dixo Ezequias ¹ sería la mas amarga, seríamos imponderablemente infelices. Ya no habria un solo europeo en todo este vasto continente; muertos ó confinados á otras regiones habríamos quedado solos los patricios; pero ¿qué adelantábamos? ¿No es cierto que á proporcion de esas muertes ó de esos destierros se habria aumentado el número de las familias ó huérfanas ó desamparadas, y reducidas á la última miseria? Ya no veríamos ultramarinos colocados en los empleos, pero veríamos en su lugar á los Americanos mas ineptos, á las heces del pueblo, á los que en esta época miserable progresasen mas en la iniquidad. Ya no estaríamos sujetos á la Monarquía Española, pero viviríamos en la mas espantosa anarquía. Todos querrian mandar, porque en tales casos á nadie le gus-

¹ Isaías cap. 34.

ta obedecer: la Nación se dividiría en partidos, y si es cierto, como no puede dexar de serlo despues de haberlo dicho Jesuchristo, ¹ que todo Reyno dividido, contra sí mismo ha de desolarse, llegaría tiempo en que el de América, en vez de acercarse á la felicidad que tanto se ha decantado, vendría á sepultarse en su propia ruina, ó por lo menos, en que debilitado hasta lo sumo y sin recursos, viniese al fin á ser triste presa de la primera potencia marítima que se acercase á nuestros puertos.

Americanos: ¿Qué sería entónces de vosotros? Seriais esclavos por haber querido ser independientes: se os despojaría de lo poco que os hubiese quedado: se os pondrian gabelas que no podriais soportar: ¿y vuestra Religión? ¿Esa santa Religión que habeis profesado desde la cuna: esa Religión, que es la única que puede hacernos verdaderamente felices, qué suerte correría? ¡Ay! Este sería el mayor de todos los males: la veriais mezclarse con otras y falsas religiones que indiferentemente se permitirían, ó lo que es mas probable, la llorariais ultrajada y perseguida. Sí: hay datos positivos para opinar que el principal autor de esa rebelión, que tanta sangre y tantas lágrimas ha hecho verter, es el corso infernal. ² El procuraría des-

¹ Lucae cap. 11. V. 17.

² Los datos que hemos tenido presentes para persuadirnos del grande influxo de Bonaparte en la revolución que ha llenado de amargura á toda esta América, son los siguientes: 1. El constarnos que ahora dos años destacó para ella una multitud de emisarios encargados de la seducción de los pueblos, cuya circunstanciada lista de sus nombres y patrias anduvo en las manos de todos, y de los cuales fueron aprehendidos en diferentes partes Dalmivar, Arday y Manuel Rodriguex Aleman. 2. Las varias proclamas que sucesivamente ha ido prohibiendo el Santo Oficio, y con especialidad la que dió motivo al edicto de 28 de Setiembre del año pasado, en la que José Napoleon ya no nos amenaza como en las anteriores, á efecto de que lo reconozcamos por Soberano, sino que desvergonzadamente nos dice: que nos renuncia gustoso si nos hacemos traidores á la patria, á nosotros mismos y á nuestra santa Religión. 3. Las monedas de los Bonapartes, las cifras francesas, los planes y apuntes para proclamas, que su astucia hizo llegar hasta Querétaro, y de que se nos dió noticia en la Gazeta de México de 30 de Octubre último. Y lo 4.º la profecía de dicha revolución, que con referencia á artículo de Madrid de 25 de Agosto, se lee en la Gazeta de la Regencia de 7 de Setiembre de 810, y cuyo párrafo á la letra se nos dió en la de México de 4 de Di-

catolizaros, y habiendo dado ya los primeros pasos, no se descuidaría en dar los últimos; introduciría por medio de sus activos agentes el mas desenfrenado libertinage, y dentro de poco se repetiría en este suelo la misma triste escena que en la Europa y aun en la cara Península. ¹

Padres amorosos: ¿Podriais ver sin que vuestros corazones se hiciesen mil pedazos estuprar vuestras hijas? Esposos: ¿Podriais sufrir sin indignación que en vuestra misma presencia se abusase de vuestras esposas? Hermanos: ¿Podriais presenciar con ojos enjutos la violación de vuestras hermanas? ¡Ay! Ni la casada fiel, ni la honesta viuda, ni la mas recatada doncella podrian evadirse de ese ciego brutal furor. ¿Respetaría él siquiera á esas otras vírgenes, que huyendo de los peligros aun comunes, han ido á refugiarse á los Monasterios como las tímidas palomas á las quebraduras de las peñas? Hasta á estas perseguiría, y las obligaría como en España ó á precipitarse en los pozos, ó á vagar por los montes, ó á sepultarse vivas en las cuevas.

Sucedería otra cosa peor. Los medianeros entre Dios y los hombres, esos Sacerdotes ve-

ciembre del mismo año, pág. 1.014. Si los cortesanos del intruso José no son profetas, como hablan en Agosto como de cosa segura y positiva, de una revolución que aquí no vimos comenzar hasta el 16 del mes siguiente? ¿Como sabían que las instrucciones para dicha revolución se reducian á fomentar los zelos entre los Españoles criollos y europeos, á exagerar los sentimientos de fidelidad hácia nuestro Soberano, y aun á tomar la voz del Rey Fernando, en caso de que hasta esto fuese necesario para lograr su intento? Hidalgo, que para principiar y hacer progresar la insurrección, se ha valido de todos estos medios, ¿les comunicaría anticipadamente estas noticias? Mas verosímil es que ellos se las hallan comunicado, ó que por medio de emisarios le hayan dado estas instrucciones, para que conforme á ellas executase el proyecto. Como quiera que haya sido, el haber sido él el Gefe de la insurrección, y el haberlo executado conforme á dichos planes, nos hace creer que ha estado de acuerdo con los Napoleones, y de consiguiente, que el objeto de todas sus operaciones, sean las que hayan sido sus miras, ha sido la traición de la patria, y no la defensa, que con tanta torpeza ha querido aparentarnos.

¹ Los hechos que de este número en adelante se refieren, constan de varios papeles públicos que sucesivamente fueron viniendo de la Europa desde que comenzó la revolución de Paris.

nerables, que en todos tiempos han sido la alegría de los justos, y el consuelo de los afligidos pecadores, ó serian expatriados, ó los veriais decapitar en los cadalsos. Los templos, estas casas del Señor, donde hoy solo resuenan las divinas alabanzas, ó se convertirían en caballerizas, ó tal vez en lupanares inmundos, donde no se oirían mas que, ó los relinchos de los caballos, ó la algazara de los lascivos y prostitutas. Los vasos sagrados, esos preciosos vasos destinados ahora á las funciones solas del santo ministerio, ó se fundirian para acuñar monedas, ó se reservarian para otros usos. Las pinturas y estatuas de los Santos, y hasta las imágenes de esa nuestra amabilísima Madre, serian arrojadas de los altares, y se verian rodando por los suelos. El cuerpo sacrosanto de Jesus. . . . Católicos, no aguardéis que me explique mas; inferid vosotros, cómo seria tratado por el modo con que fué tratado aun en España pocos tiempos ha. Allá. . . . ¡Ay! ¿No se vió allá á un soldado frances tomar con sus sacrilegas manos las sagradas formas, y salir gritando por las calles:—*¿Hay quien compre á Dios?*—No se vió á otro mezclándolas con la paja y cebada, para que entrasen en parte del alimento que iba á darse á las bestias? ¿No hubo otro que volcandolas por el suelo, quitó la vida á un sacristan, porque no quiso pisarlas? ¿No hubo tambien quien se sirviese de ellas en lugar de obleas para cerrar sus cartas?

Cristianos: si al solo oirlo no habeis podido contener vuestras lágrimas, ¿qué seria si lo hubieseis visto? ¿Qué, si aquí mismo llegáseis alguna vez á presenciarlo? ¿Y qué falta ya? Si las cosas han de venir por orden, el dia no está muy léjos: la licencia de las costumbres es ya demasiada: la veneracion á los Sacerdotes casi ninguna: el respeto á los templos ya acaba: de la imagen de María se abusa: la iniquidad aun la hace servir á la misma iniquidad. ¿Qué falta ya para tocar en lo último? No, no quiera Dios que lleguemos á ver lo demas.

Americanos: ¿En esto habia de venir á parar la felicidad que se os prometia? Desengaños, desengaños: la insurreccion no ha tenido mas efectos que los que habeis visto, ni hubiera jamas producido otros que los que acabo de

pronosticar. Siendo, pues, tan funestos como son, ¿como podian ser de la aprobacion de la Madre de Dios? ¿Como querria tener influxo en ellos la que por vuestro amor descendió de los cielos á Tepeyac? ¿Como podría agrardarse de que su imagen adorable llegase á ser divisa de una rebelion, causa cierta de tantos males, y de unos males tan nocivos para sus propios hijos? Decidlo con franqueza, eso ha sido un abuso excécrable, há sido insultar á María, ha sido despreciarla con impudencia; y por lo mismo no puedo dispensarme de volver á tomar en mis labios las palabras que he tomado de Isaias, para repetir á su nombre contra tales ingratos. —Yo crié á esos mis hijos, yo los he exáltado; pero ellos no han hecho mas que despreciarme: *filios enutriví &c. exáltavi: ipsi autem spreverunt me.*

Es evidente, Católicos, los hijos han despreciado á la Madre. A proporción que María se ha esmerado en favorecer á los Americanos, innumerables son los que parece han tomado empeño en darla que sentir. Han abusado de la invocacion de su santo nombre, hasta convertirla en grito de una sedicion: la mas iniqua: han abusado de su adorable Imagen, hasta hacerla servir de divisa de una rebelion la mas perniciosa: hasta este extremo ha llegado su ingratitud.

Con todo, ella no puede olvidar que es Madre; ama todavía á los Americanos, todavía se interesa por su bien. Aun en estos dias tristes, y sin embargo de esos tan graves y tan repetidos ultrajes, esa graciosa Ester ha intercedido por su Pueblo, y ha conseguido del divino Asuero quanto le pedia. Quando al ver los estragos que tan rápidamente iba causando esa voraz insurreccion, pareció que la América iba ya á fenecer, ó á cubrirse para siempre de luto y de ignominia; por su intercesion la hemos visto reanimarse, y cubrirse de una gloria que no habia experimentado jamas. ¿Qué alegre es ya, y quan risueño su semblante! Ya se ve. ¿Qual es el supremo gefe que la gobierna? ¿Quales los que dirigen sus armas? ¿Quales sus exercitos? ¿Quantas y quan continuadas sus victorias? Cruces, Aculco, Guanaxuato, Urepetiro, puente de Calderon, lugares otros, donde el

enemigo doméstico ha tenido la osadía, de acometernos, contadlo vosotros: cada combate ha sido un triunfo, cada batalla una palma, que nuestros soldados han arrancado de las manos de los suyos. Esos campos, que para ellos han sido teatros funestos, á donde parece solo fueron á acabar de manifestar su temeridad y cobardia; para los nuestros han sido agradables florestas, donde no han hecho mas que cortar verdes ramos para texerse sus coronas. Derrotados, dispersos, casi aniquilados sus exercitos por el valor y pericia de los nuestros, huyen á cada paso hasta sus gefes; quando de nuestros soldados ninguno ha quedado sin honor, quando vuelven todos á sus hogares con las espadas corbas baxo el peso de los laureles.

América, respira y rie, ya estás salva. Después de tantas y tan gloriosas victorias, son ya prisioneros tuyos los principales cabecillas de los rebeldes. El dia mismo en que esa bellísima imagen se traxo de su Santuario á este santo Templo, para dar principio al Octavario que la piedad de nuestro ilustrisimo Prelado dispuso para desagrar á nuestra buena Madre de los ultrages anteriormente recibidos; en ese mismo, y como para darnos una nueva prueba de su beneficencia, nos llegó la plausible auténtica noticia de la captura de esos tigres, de esos enemigos de Dios, del Rey, de la Patria y de sus semejantes. América, ya no hay que temer. Triunfaste ya, y mas breve: de lo que se creía: de aquí adelante serás tambien una Nacion respetable y temible á todas las demas.

España, antigua España, alegrate igualmente: si el pesar que te dieron esos desnaturalizados hijos, te hizo derramar lágrimas amargas, debes ya enjugarlas; no, no atentarán mas á ser independientes. Los demas te han sido constantemente fieles, y cuentas sobre todo con tener aquí unos soldados, que, émulos de las virtudes de los Corteses y Pizarros, de los Palafoxés y Romanos, cada vez tienen mas entusiasmo por aumentar tu honor y tu gloria inmortal.

Católicos, tanto es lo que debemós á María. ¿Habrá alguno que no la esté reconocido? Vosotros, los que hasta ahora habiais sido insensibles á su amor y á sus beneficios; vosotros, los

que seducidos con falsas promesas, la habiais vuelto las espaldas: vosotros los que, por llevar adelante ese proyecto de iniquidad, habiais abusado hasta de su nombre y de su imagen; abrid ya los ojos, y volved sobre vosotros mismos para poder desagrarla. ¿Habeis aprobado ese injusto proyecto? Reprobadlo. ¿Habeis mal aconsejado á alguno? Disuadido. ¿Habeis tomado contra el Rey y contra vuestros hermanos las armas? Deponedlas. Tomad en su lugar las de nuestro Soberano; y en su obsequio y en el de nuestra Nacion, perseguid con ardor esos fragmentos de exercito, que aun turban la pública tranquilidad. Dios protege visiblemente la justa causa, y en esta confianza yo os aseguro la victoria. ¿Qué os detiene, pues? ¿Teméis perder la vida en un combate? El peligro es hoy mas remoto que nunca; no, no la perderéis. Pero aun quando la perdiérais, estad ciertos que la perderiais con honor, y que vuestra muerte seria preciosa á los ojos de Dios. Si hay ademas casos, en que el vivir es pérdida, y el morir un logro, tal seria el de que hablo. Morid, pues, y muramos todos, si es preciso, antes que ver los males de que hemos estado amenazados, y de cuyo amargor ya hemos probado alguna parte. Mejor es, así decia á sus soldados el Macabeo, y yo os repito lo mismo, mejor el morir en la batalla, que sobrevivir á los desastres de la Patria y de la Religion: *Melius est nos mori in bello, quam videre mala gentis nostrae & sanctorum.*

Guadalupana Virgen, bellísima María, Madre y Protectora insigne de la Nacion Americana: en esta disposicion estamos y están ya innumerables de los que antes habian sido contigo tan ingratos. ¿Quien pudiera hacer que todos pensasen de la misma manera! ¿Quien ogradará la satisfaccion de ver reducidos esos pocos que andan todavía extraviados! ¿Quien los viera postrados á tus pies pidiendote perdon, y tratando solo de desagrararte! Me duele su ceguera, me duele su obstinacion: conozco que no merecen indulgencia; pero al fin ¿no son tus hijos? ¿Tú no eres su Madre? ¿Hubrás de abandonarlos? No, no es posible; yo no puedo creer-